



www.loqueleo.es

© Del texto: 2024, Lorenza Bernardi

Traducción del italiano: Marinella Terzi

© De esta edición:

2024, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-556-0

Depósito legal: M-5068-2024

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: mayo de 2024

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Coordinación editorial:

Marta Olivares

Dirección de arte:

Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Julia Ortega y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

CHIC S

Lorenza Bernardi

loqueleg

Debemos criar a nuestras hijas de modo distinto. Pero también debemos criar a nuestros hijos de modo distinto.

Chimamanda Ngozi Adichie

Para Alice, Iachi, Nina, Tommaso, Sara y Giovanni.

Los reales.

La tragedia es una de las formas más antiguas del teatro. Se representaba un suceso de características casi místicas, entre otras cosas, porque los dioses estaban directamente implicados.

Tenía como objetivo poner en escena temas importantes que requerían que el público los pensara muy a fondo. De hecho, asistir a un espectáculo trágico provocaba una especie de catarsis. Una purificación.

La tragedia clásica tiene tres partes: un prólogo, en el que uno o más personajes introducen el drama o explican los antecedentes; diversos episodios, donde se desarrolla toda la historia y que se ven interrumpidos de tanto en tanto por los estásimos o párodos (intervenciones del coro: un conjunto de personajes secundarios que comentan lo que está ocurriendo en el escenario); y para acabar está el éxodo, el momento conclusivo donde todo se resuelve.

PERSONAJES

ALUMNOS Y ALUMNAS DE LA CLASE DE 3.º C

Sara Colombo

Nina Greggi

Alice Mariani

Giovanni Riva

Jacopo Rossetti

Tommaso Sala

PROFESORAS Y PROFESORES

Señor Alfieri, Ciencias

Señora Frigerio, Lengua, Literatura, Historia
y Geografía

Señor Marchesi, Educación Física

Señora Ricci, Matemáticas

CORO DE LOS DIOSES

AFRODITA, diosa del amor y de la belleza

APOLO, dios de las artes

ARES, dios de la guerra

ARTEMISA, diosa de la caza

ATENEA, diosa de la justicia

HERA, diosa protectora del hogar

ZEUS, soberano del Olimpo

PRÓLOGO

(Habla Hera, diosa protectora del hogar y nueva reina del Olimpo).

Todo el mundo cree que los dioses existimos únicamente en los relatos mitológicos de hace siglos, o en libros y películas actuales: como si fuéramos criaturas fantásticas en los confines del sueño.

11

Pero hubo un tiempo en que existimos de verdad y habitábamos en mitos, historias y narraciones, y también en la vida real. Nos temían, nos amaban, recurrían a nosotros. A menudo nuestros caminos se entrelazaban con los de los humanos, unos seres a los que considerábamos inferiores, pero solo de boquilla: lo cierto es que siempre nos resultaron muy atractivos, bien fuera por sus imperfecciones, por su apasionamiento, o bien por su deseo de llegar a ser como nosotros, cuando lo cierto es que ya poseían una chispa creativa tremendamente poderosa.

En realidad, nos parecíamos mucho.

Nuestras vidas se regían por los mismos deseos, los mismos miedos, las mismas envidias. Es más, nosotros

caímos en errores todavía más graves que los de ellos con la excusa de que, «al fin y al cabo, éramos los dioses del Olimpo». Y yo, que tendría que haberlos guiado porque me correspondía por herencia, cometí a mi vez muchísimos errores, aunque no fue culpa mía.

Pero eso os lo contaré más adelante, prometido.

12 Nosotros, los dioses, estuvimos fuera de juego durante siglos, milenios. De vez en cuando bajábamos a la Tierra a complicar las cosas, como seres caprichosos que somos, pero tanto meter cizaña también nos acabó aburriendo. Porque, en honor a la verdad, los propios seres humanos se bastaban y sobaban para complicarse la existencia, sacándose de la manga enemigos a los que odiar a través del filtro de la cultura, la religión o modos de vida distintos. Lo diferente se convirtió en la bandera perfecta en nombre de la cual comenzar guerras, saquear pueblos, matar personas. ¿Qué hubiéramos podido añadir nosotros, cuando ellos solos ya hacían todo lo posible por extinguirse mediante la opresión?

Sin embargo, había un pero.

Sí. Porque a nosotros nos seguían fascinando los seres humanos, hasta los envidiábamos, ya que ellos no tenían

que someterse a ninguna expectativa sobrenatural y eran libres para vivir su existencia en todo su potencial, incluso en sus imperfecciones.

Por encima de todo, yo estaba convencida de que ayudarlos nos haría mejores a nosotros y al Olimpo. Por supuesto, no iba a ser fácil, pero debíamos intentarlo si no queríamos sentirnos atrapados en un pantano de aguas estancadas, sin evolucionar, sin ir ni a mejor ni a peor.

Cuando se lo dije a Zeus, mi marido (además de mi hermano, y este es también un detalle interesante para comprender cómo funcionan las cosas aquí arriba...), me respondió como si fuese tonta. «Eres un incordio. Harías mejor en ocuparte de la casa en lugar de llenarte la cabeza de ideas absurdas sobre el Olimpo», me dijo.

Empezamos a pelearnos y, como siempre, él me llamó bruja, harpía, mala hidra... Por lo general, el cielo de los humanos se adaptaba a nuestros humores en una sucesión que iba del mal tiempo al cielo despejado. Pero aquella vez, no sé por qué, no reaccioné, siguiendo el mismo patrón de siglos y siglos: yo me enfado, él se va dando un portazo y corre a consolarse entre los brazos de alguna ninfa, y rabio de celos y luego corro a espantarlos a ambos y les lanzo una ristra de maldiciones mientras Zeus huye volando como un granuja arrepentido.

No. Esa vez reparé en algo distinto. En lugar de centrarme en él y en sus males, reflexioné sobre mí misma, mis defectos... y mis cualidades.

Sí.

14 Pensé en lo que me había sucedido a lo largo de la vida, las injusticias sufridas, las ofensas, y en cómo todo eso me había hecho más fuerte. No creo que muchas niñas hayan acabado devoradas por su propio padre para después ser regurgitadas.

Y, a propósito de mi padre, Cronos: cuando llegó el momento de dividir el reino, decidió inocentemente repartirlo solo entre sus tres hijos varones: a Zeus le tocó el cielo y la primacía sobre el universo; a Poseidón, el mar; y a Hades, el inframundo. Yo era la mayor de los cuatro y, como tal, en teoría tendría que haber heredado el Olimpo, pero en cambio me tocó casarme con mi hermano y convertirme en «la mujer de», renunciando no solo al reino, sino también a una vida de libertad, independencia y llena de pasión.

Luego nos extrañamos de que me volviese tan amargada, ¿qué os parece?

En todo caso, aquel día, cuando le hablé a Zeus de mi convicción en torno a los seres humanos y él me hizo callar, toda mi vida pasó ante mis ojos y me dije: «¡Hasta aquí hemos llegado!».

Impulsada por una necesidad cada vez más urgente, alimentada por siglos de rabia y frustraciones reprimidas, di un golpe de Estado y me hice con lo que tendría que haber sido mío por derecho.

Me adueñé del Olimpo.

Pedí ayuda a Atenea y Artemisa, dos diosas cuya elección de una vida libre e independiente siempre había apreciado (quizá porque yo misma jamás había podido lograrlo). No hubo derramamiento de sangre, solo habilidad y astucia: nos limitamos a robar los rayos a Zeus. ¿Cómo? Bastará con que recordéis la debilidad de mi marido por las jovencitas. Fue suficiente con pedir la complicidad de una ninfa y emborracharlo con hidromiel.

Ahora yo soy la jefa y, después de consultarlo con Artemisa y Atenea, he decidido que cambiemos las cosas.

Bajaremos de nuevo a la Tierra, entre los seres humanos, e intervendremos para solucionar las cosas, no para enredarlas; seremos una ayuda, no un obstáculo; actuaremos para cambiar, no para perpetuar los errores.

Por fin nos convertiremos en «dioses iluminados» y no en «semihumanos». Utilizaremos nuestros poderes en su sentido más noble y privilegiado.

Descenderemos a la Tierra hoy mismo.

16

Desde hace algún tiempo, vengo observando a un grupo de colegiales muy interesantes. Van todos a la misma clase de un instituto en una pequeña ciudad de provincia y de vez en cuando discuten entre ellos, unos más que otros. La verdad es que sus discusiones me recuerdan a las que siempre ha habido entre los dioses, salvo que, por suerte, esos chicos y chicas son jóvenes; o sea, que son más maleables para poder moldearlos. En ellos está la semilla del crecimiento, del cambio. Son el futuro.

De momento, bajaremos a la Tierra y nos limitaremos a examinarlos de cerca, sin que ellos lo sepan.

Después... ya se irá viendo.

En realidad, la ley dice que no podemos intervenir salvo que nos lo pidan en voz alta. Única y exclusivamente entonces, nosotros los dioses estamos autorizados a emplear nuestros poderes.

Hasta que eso suceda, nos mantendremos a un lado, observándolos.

Primer episodio

Un trozo de papel se arremolinaba junto con algunas hojas secas, algo de polvo, ramitas y unos cuantos folletos, impulsado todo ello por una de esas ráfagas de aire típicas de noviembre. Era un torbellino intermitente, a oleadas, que seguía los caprichos del viento, y siempre que se aplacaba parecía que los objetos transportados aterrizaran ligeros sobre la calle o la hierba para, a continuación, alzarse en un nuevo giro de tiovivo hacia el cielo.

17

Sara caminaba deprisa por la acera. Se había subido hasta el cuello la cremallera de la chaqueta y llevaba la capucha encasquetada. Sabía que no tenía el mejor aspecto del mundo, pero era la única forma de combatir el viento racheado de la mañana.

De repente, un trozo de papel se quedó suspendido frente a su nariz y, tras un último remolino, se le pegó al rostro como una máscara. Ella dio un

bote, sorprendida, se lo quitó de encima y, tras reconocer de inmediato el anuncio que llevaba unos días yendo y viniendo por el instituto, leyó:

18

**ESPECTÁCULO TEATRAL NAVIDEÑO:
TODAS LAS CLASES ESTÁN INVITADAS
A PRESENTAR SUS PROPIOS GUIONES,
DE OBRAS INÉDITAS O VERSIONADAS,
ANTES DEL 20 DE NOVIEMBRE.
LAS OBRAS DE TEATRO SE REPRESENTARÁN
A PARTIR DEL 20 DE DICIEMBRE.**

Sara dobló la hoja, se la metió en la mochila y continuó caminando.

Al salir de casa, había decidido ir andando al instituto porque le encantaba estar al aire libre los días de viento: le parecían salvajes, impetuosos, imprevisibles. Sin embargo, acababa de darse cuenta de que a lo mejor había calculado mal los tiempos, así que se subió al primer autobús que hacía el trayecto y se abrió hueco entre el gentío, tratando de conquistar algún centímetro de espacio vital aplastada como iba entre el centenar de viajeros. Hasta la parada siguiente no logró

agarrarse a un asidero, aunque tampoco es que hiciera falta, la propia multitud le impediría caerse al suelo.

Allí seguía, tiesa como un poste, cuando el autobús se detuvo en una parada. Justo cuando las puertas iban a cerrarse, unos cientos de metros por detrás, apareció una joven haciendo aspavientos para que el conductor la viera y no la dejara abandonada en la acera. La mochila enorme que llevaba a la espalda le dificultaba la carrera. Aun así, el conductor cerró las puertas y se marchó de allí con un bufido.

19

—¡Oye! —gritó la chica desde la calle, abriendo los brazos desconsolada.

El conductor lo había hecho adrede, seguro, porque mientras se alejaba pegó unos bocinazos a modo de burla. En ese mismo instante, algunos de los chicos que iban a bordo abrieron la ventanilla y se asomaron:

—¡Demasiado lenta, tetona! —gritaban mientras se partían de risa y se daban palmetazos en la espalda.

Sara reconoció a dos de ellos: Tommaso Sala y Giovanni Riva, compañeros de clase desde hacía

unos meses, cuando empezaron 3.º de la ESO. También conocía a la chica de la acera, Alice Mariani, que en ese preciso instante —Sara lo vio perfectamente— levantaba el dedo corazón en un gesto claro, no supo si dirigiéndose a los chicos que se estaban riendo de ella o al conductor que se había ido sin esperarla.

20

La duda entre seguir o no la corriente de la mayoría era el dilema de todas las chicas: ¿continuar a lo suyo con la mirada gacha, sin llamar demasiado la atención, evitando comentarios y burlas, o ponerse bien recta, levantar la barbilla y alzar la voz? En cualquier caso, siempre era agotador: ser chica demandaba muchísima energía.

La confusión, la aglomeración, la incomodidad de acabar en la parte de atrás del autobús, la presencia de aquellos gallitos le quitó de la cabeza la idea de aproximarse al conductor y protestar. No quería exponerse, no quería convertirse en la doble diana de un adulto al volante y de un rebaño de adolescentes que se comportaban como... adolescentes.

Después de otras dos paradas, Sara se bajó del bus a doscientos metros del instituto con una mochila de amargura a la espalda. Mientras en-

filaba la entrada sonó el timbre y otra vez se vio arrastrada por la masa trashumante. Reconoció y saludó a algunos compañeros, con los que recorrió el último trecho del pasillo hablando de todo un poco: con los nuevos, dos meses no eran suficientes para estrechar vínculos. Aún seguían en la etapa de estudiarse, de tomar medidas; era ese momento en el que se trata de descubrir posibles afinidades y, en función de ellas, decidir el nivel de amistad (¿solo diversión?, ¿apoyo escolar?, ¿charlas confidenciales?).

21

Por unos segundos, en medio del griterío y de los empujones, le pareció como si todo se acolchase y ella viviese aquella escena desde arriba, suspendida en el aire. A menudo notaba esa sensación de «estar allí pero no del todo» y aún no tenía claro si era su manera de protegerse del caos, que nunca le había gustado, o si en realidad es que ella era algo distinta a la gente de su edad; ella, que disfrutaba refugiándose de vez en cuando en un mundo que era solo suyo, privado y valioso, como una casa sobre un árbol. Era igual que tumbarse boca abajo en una nube, con las manos debajo de la barbilla, y mirar lo que sucedía en la Tierra.

La riada de estudiantes la llevó hasta la clase de 3.º C: veinticuatro pupitres colocados en tres filas de ocho, la puerta acristalada que se asomaba al jardín de magnolias, también mecidas por el viento, un calor casi sofocante por culpa de los calefactores de aire.

Se sentó en su sitio.

22

—Menudo vendaval, ¿no? —comentó Nina Gregghi, su compañera de pupitre, mientras se sentaba a su lado.

Nina se ató una coleta para domar los largos rizos negros que enmarcaban su rostro y Sara pensó que se parecía a Esmeralda, la protagonista de *El jorobado de Notre-Dame*. Sus ojos eran tan marcados y profundos que no necesitaban maquillaje. Era muy guapa, objetivamente hablando, aunque Nina no parecía darse cuenta.

—A mí no me importa; además de despeinarme, me despeja las ideas —respondió Sara.

Empezó a jugar con el *piercing* que llevaba en la nariz mientras echaba una ojeada a su alrededor hasta cruzar su mirada con la de Giovanni Riva. Puede que él también la hubiera reconocido en el autobús.

Unos días atrás había estallado una discusión en clase, la típica de «chicos contra chicas», y Riva precisamente fue uno de los más activos. A Sara le ponía un poco nerviosa, con su actitud rígida y cerrada: tendía a hablar por encima de los demás, sin escuchar nunca de verdad, y con él los debates se transformaban en monólogos y punto.

Durante un rato, el ruido del aula fue un conjunto de voces, risas, sillas que se arrastraban y mochilas arrojadas al suelo de cualquier manera, hasta que, de repente...

—¡Que viene el profe! ¡Que viene el profe! —gritó Giovanni Bussi mientras corría a su sitio.

Como las ondas del agua cuando se tira una piedra en un estanque, los alumnos se precipitaron a sus pupitres dispuestos a recibir al señor Alfieri, el profesor de Ciencias.

Sara adoraba las ciencias. Pero el profe de Ciencias no la adoraba a ella. Por norma, cuando Alfieri hacía alguna pregunta en clase, ella levantaba la mano de inmediato, pero él casi nunca dejaba que respondiera. Solo en las contadísimas ocasiones en que coincidiese que nadie salvo ella supiera la respuesta, que hubiera pasado

un montón de tiempo y nadie más levantara la mano o que Sara se tumbara sobre la mesa y agitara el brazo a derecha e izquierda como un metrónomo..., entonces, y solo entonces, después de confirmar con una última y esperanzada mirada al resto de la clase que no había más alternativas, el profesor le daba la oportunidad de lucirse. En ese caso, Alfieri suspiraba, chasqueaba la lengua y, por fin, con un gesto lento de la mano, le cedía la palabra con un resignado: «Adelante, Colombo, díganos...».

Sí, porque Alfieri los trataba de usted.

Lo normal era que Sara se disputara los galones con Giovanni Riva, que también era un as en la materia. Las clases parecían siempre la final de un concurso, con los dos rivales compitiendo por responder como metralletas.

—Buenos días, señores —dijo el profesor al entrar en el aula.

Era un tipo bastante bajo, con el cabello canoso y aire anticuado, motivado en parte por el traje de pana marrón oscuro y la pajarita al cuello. Siempre llevaba una cartera de cuero donde en teoría debían estar todos los apuntes para sus clases,

pero que en la práctica ocultaba solo las bolsitas de bollos que compraba en Bida, su pastelería favorita. Como consecuencia, el fondo de la cartera estaba siempre plagado de migas.

El señor Alfieri desayunaba dos veces y algunas mañanas hasta tres. Abría la cartera con soltura, sacaba la bolsa blanca de papel, sucia por la grasa de la crema, tomaba un bollo y, tras una mirada golosa —que le hacía salivar—, le hincaba el diente con la misma codicia con la que un león clava los colmillos en el cuello de una gacela.

Los alumnos se levantaron arrastrando apatosamente veintidós de las sillas y el profesor hizo la acostumbrada mueca de fastidio.

—Con. Un. Poquito. Más. De. Gracia. Señores —remarcó.

—Perdón —respondieron los alumnos a coro, aunque todos sabían de sobra que la próxima vez sucedería lo mismo.

Alfieri sacó el libro y comenzó a pasar páginas antes de preguntar:

—¿Por dónde íbamos?

—Por los planetas del sistema solar, profesor —dijo una voz frente a la tarima.